

La cueva sepulcral del Barranco de Jagua, en El Rosario, isla de Tenerife

Por Luis DIEGO CUSCOY

1. *Localización*

El Barranco de Jagua es uno de los llamados en la isla barrancos de cumbre por tener su nacimiento en la cima divisoria y, por lo tanto, un curso relativamente largo, si se tiene en cuenta la distancia que hay de la cumbre al mar en una isla tan montañosa y bien repartida en dos vertientes como es la de Tenerife.

Los barrancos, aunque generalmente conocidos por un nombre, llevan varios, que corresponden a los tramos más importantes. Así, el Barranco de Jagua lleva, por el lugar donde ha aparecido la cueva a que nos vamos a referir, el nombre de Barranco del Brezo. Respetamos, sin embargo, el nombre de Barranco de Jagua, por ser el más importante, aunque a veces nos refiramos también al Barranco del Brezo, para fijar con más exactitud la localización del yacimiento.

Nace por el paraje denominado Las Rosas, cerca de la línea divisoria de las dos vertientes insulares, y antes de entrar en el tramo del que toma nombre de Los Brezos, pasa por El Cascajal (La Esperanza), ya dentro del término de El Rosario. Corre en dirección NW-SE y desemboca por las proximidades de la Punta de Guadamojete, que queda a su derecha.

La altitud correspondiente al lugar donde ha sido descubierta la cueva es de 450 metros. El estrato vegetal es el típico de las xerofitas de la zona baja, que viven a plenitud en esta altura,

debido a que la zona se halla en la vertiente SE de la isla. Abundan, pues, las plantas crasas, con predominio de nopales y piteras, y las higueras.

2. *Emplazamiento de la cueva*

Está situada en la margen derecha del citado barranco, a una altura de unos 20 metros sobre el cauce. Ocupa la parte alta de aquella margen, en una oquedad formada por la estribación muy erosionada de una colina de conglomerado volcánico.

La naturaleza del terreno nos planteó desde el principio una serie de interrogantes. El emplazamiento de cuevas sepulcrales en masas de conglomerado es sumamente raro, pues siempre eran elegidas en el seno de capas basálticas. La margen izquierda del tramo denominado Barranco del Brezo es, casi en toda su longitud, basáltica, y precisamente muy abundante en cuevas. Por la otra margen no hay cuevas, salvo algunas oquedades de poca importancia. Sin embargo, entre la base de la colina de conglomerado volcánico y el fondo del barranco, hay una pronunciada rampa formada por la disgregación de dicho conglomerado, lo que demuestra la intensa erosión sufrida. Esta misma erosión es la que explica el estado en que se halló nuestra cueva en el momento de ser descubierta.

Con acasión de preparar unos barrenos para la construcción de unas atarjeas o acueducto, el obrero Miguel Delgado Martín, desde la parte superior de la orilla del barranco, descendió unos dos metros para abrir una zanja con el fin de preparar las cargas, cuando se encontró una covacha. El acceso, desde la parte superior, era difícil, no sólo por la naturaleza del terreno, sino por no existir paso alguno hacia la entrada. Sin embargo, el obrero, alon­gándose, pudo descubrir la parte inferior de un cuerpo humano que aparecía cubierto de pieles. Gracias a la rápida intervención del capataz de las obras y al aviso comunicado a la Guardia Civil del puesto de La Cuesta, que lo transmitió a la Comisaría Provincial de Excavaciones Arqueológicas, pudo hacerse la excavación a escasas horas del descubrimiento. Esto ocurría el 11 de enero de 1956.

3. Descripción del yacimiento

La covacha del Barranco del Brezo, situada en la cercanías de El Tablero, término municipal de El Rosario, es solamente la parte más profunda de una cueva de mayores proporciones, desaparecida por el derrumbamiento progresivo de aquella margen. No es posible, dada la modificación sufrida en aquella orilla, determinar hoy las características del citado yacimiento. Sin embargo, hay hechos que confirman el supuesto de ser solamente parte de una cueva de mayores proporciones:

1.º Se hallaron restos pertenecientes a tres cadáveres, pero de dos, solamente huesos destrozados: pertenecían éstos a un adulto y un niño.

2.º El otro cuerpo con señales de momificación —que es el que nos va a revelar las características de este enterramiento—, todavía envuelto en pieles, estaba colocado en dirección S-N, es decir, con los pies dirigidos hacia el exterior. Debido a la erosión del borde de la cueva, este cadáver había perdido los huesos de rodillas, piernas y pies.

Lo que queda de la cueva sepulcral es un cuerpo de contorno irregular, abierto hacia el N, con una bolsa hacia el W y un fondo terminado en oquedad angosta y aguda. De la boca al punto más profundo de esa oquedad —de N a S— mide 2'50 m., y de E a W, por la parte más ancha de la cueva, 2 m. Su altura es de 1'75 m. El techo cae a medida que se va hacia el fondo; por su parte central tiene 1'50 m. de altura, y de 0,95 m. por el punto donde viene a caer aproximadamente la zona destinada a enterramientos (fig. 1, planta y sección).

La boca de la cueva se abre en arco regular, y la anchura de su base es de 1'30 m. Las paredes y el techo, con entrantes y salientes, son de grueso conglomerado rojizo, cuyos detritus cubren todo el yacimiento, con un espesor que varía, en el piso, entre los 15 y 20 centímetros.

4. Estudio de la zona

Antes de entrar en el estudio de este interesante yacimiento,



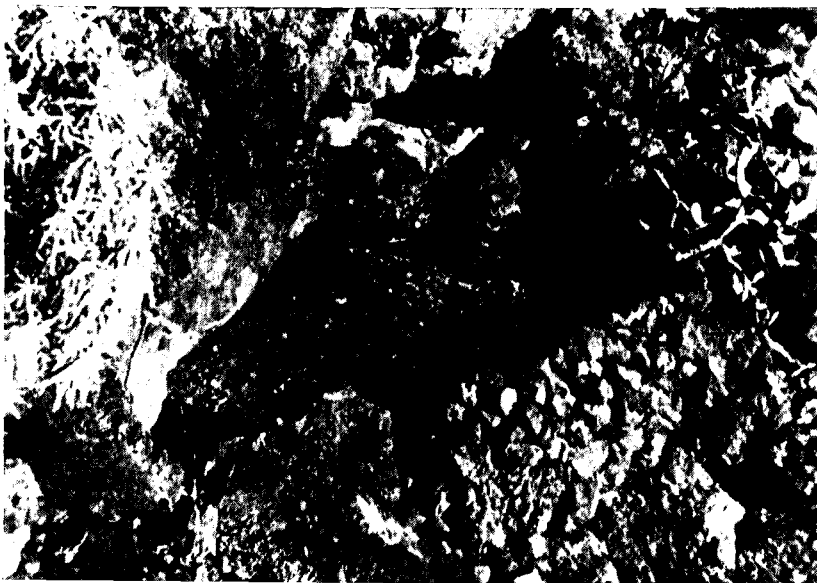
Lám. 1-1. Margen derecha y emplazamiento de la cueva



Lám. 1-2. Margen izquierdo
frente a la cueva



Fám. II - 1. Acceso a una
cueva de habitación



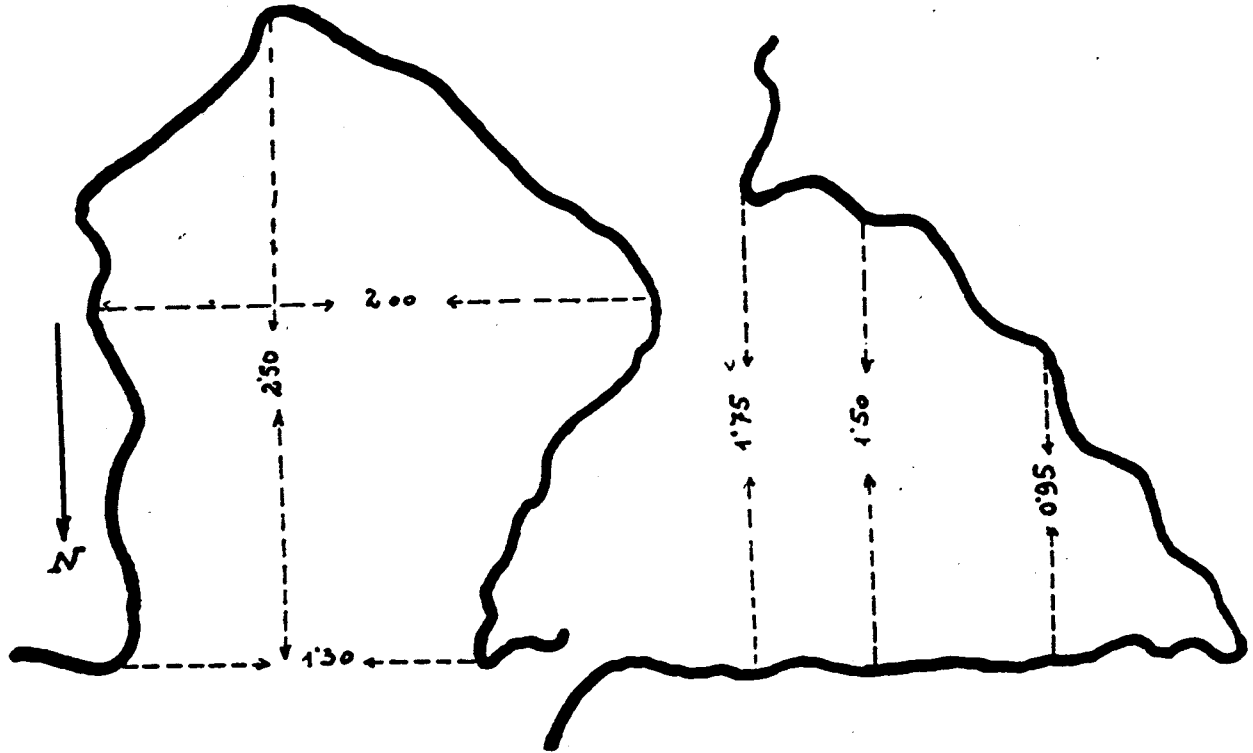


Fig. 1.— Planta y perfil de la cueva sepulcral del Barranco de Jagua en El Rosario, Tenerife

importa detenerse a considerar la zona donde se halla emplazado, pues de este conocimiento pueden deducirse conclusiones válidas acerca de las formas de vida aborigen y, sobre todo, de la ocupación del suelo con el consiguiente aprovechamiento del mismo.

Hemos apuntado la diferencia existente entre las dos márgenes del barranco: rocosa, basáltica, la izquierda, y de gruesos y sueltos conglomerados, la opuesta. Esto en el paraje donde está la cueva, pues un kilómetro curso arriba del barranco, e incluso en su curso inferior, ambas márgenes son rocosas (lám. I-2). Mientras la orilla derecha es generalmente baja, la opuesta es más elevada y accidentada. La lám. I-1, en la que se puede ver con claridad el lugar en que se abre la cueva, sirve también para ilustrar sobre las características naturales de la margen derecha. Sin embargo, en la lám. I-2 se ve la margen opuesta, situada exactamente frente a la cueva, ya que la fotografía fue tomada desde el exterior del yacimiento.

Esta margen izquierda, además de presentar mayor elevación, por la existencia de las masas basálticas, contiene numerosas cuevas, algunas de las cuales pueden verse en la lámina últimamente citada. Estas cuevas ofrecen condiciones óptimas para ser empleadas como habitación y, en efecto, así fue. Esto ha sido comprobado a lo largo de un detenido estudio de aquel borde, pues no ha faltado el testimonio arqueológico de cerámica fragmentada y de lascas de obsidiana (tabonas).

Al propio tiempo, ha sido posible determinar la existencia de cuevas destinadas a rediles, algunas de ellas en uso y servicio hasta nuestros días.

La lám. II-1 reproduce el acceso de una cueva de habitación, modernamente empleada como redil. El aparejo pequeño y suelto que aparece hacia la derecha es obra moderna. Los bloques de la base pertenecen al sólido paredón protector de la cueva, cuya entrada era por el centro, entrada hoy disimulada en parte por la vegetación de cactus y euforbias. En la lám. II-2 se recoge el aspecto de un redil primitivo, pero que se utilizó hasta fecha muy reciente. Se advierte la diferencia de los elementos que forman la pared y que sirven para distinguir la obra primitiva de la moderna. La entrada está claramente marcada entre los bloques

rocosos, que forman parte de la estructura de la cueva, y los que forman el muro, con lo cual se ve cómo se aprovechaban los elementos naturales en ayuda de la obra, muy ruda, pero práctica.

De todo lo dicho se deduce que la margen izquierda era el paraje donde se desarrollaba toda la actividad vital del primitivo ocupante. Una senda pasaba frente a las cuevas, otra por la parte superior de la margen y una tercera cerca del fondo.

A la vista de todos estos elementos, tanto naturales como de acondicionamiento y rudimentaria construcción, es cómo se explica la existencia de la cueva sepulcral en la margen derecha y su emplazamiento en una masa de conglomerado. De ese modo, la necrópolis quedaba fuera de la zona de habitación. Esta zona presenta todas las condiciones exigidas por un grupo humano primitivo, ya sean de orden económico o de necesidad de refugio: cuevas seguras, pastos, agua, rediles para el ganado e incluso una buena tierra en las mesetas de las orillas para la incipiente agricultura cerealista.

Y aunque toda aquella comarca anuncia ya la sequedad y, por lo tanto, el dominio de la vegetación xerófila de las vertientes S y SE, en el barranco se desarrollan muchas especies herbáceas y con la requerida abundancia para el mantenimiento de ganados numerosos. Los cactus y las higueras, vegetales que se descubren en algunas fotografías, nada tienen que ver con el paisaje primitivo, pues estas especies fueron introducidas o difundidas más tarde: las higueras serían escasas en el tiempo de la conquista y los cactus se introdujeron siglos después. Las euforbias sí que formaban parte del paisaje primitivo.

5. *El enterramiento*

Por primera vez en Tenerife se va a poder describir un enterramiento con el cadáver todavía *in situ*. Se va a proceder con la misma minuciosidad que se hizo la excavación. Dadas las circunstancias que concurrían en este yacimiento y el hecho de haber podido llegar a tiempo de hacer una excavación cuidadosa, el resultado fue muy valioso, teniendo en cuenta las zonas oscuras del mundo aborígen que eran súbitamente alumbradas.

La entrada o acceso a la cueva se logró mediante el auxilio de una cimbreante pasarela, que estaba formada por tablones sujetos con cuerdas (lám. I-1). Al entrar en la covacha, que se alcanzaba por su costado izquierdo, lo primero que se descubría era un fémur saliendo de una masa revuelta de pieles y descansando sobre unas ramillas secas. Medio cubierto de tierra se veía un tablón de tea. El otro fémur desaparecía debajo de una capa de tierra fina y conglomerado, materiales que recubrían parcialmente a la momia. Esta tierra procedía de los desprendimientos de la propia cueva, pues los guanches no inhumaban sus muertos, como es sabido. Entre el fémur y el tablón de tea se veían pajuelas, hierbas secas y ramas finas.

El fémur izquierdo se descubría en su parte superior. Toda la parte inferior de la momia, con las pieles de envoltura, aparecía muy deteriorada, pues dada la caída de la cueva, aquélla quedaba expuesta al viento y a la lluvia, aunque menos al sol, por estar la cueva emplazada en la parte de la sombra.

Con todo, era posible determinar la colocación de la momia sobre los tablones: posición decúbito supino y en dirección S-N, es decir, en el sentido longitudinal de la cueva. La cabeza quedaba cerca del fondo. Las pieles que cubrían la parte superior del cadáver estaban mejor conservadas, aunque la cantidad de tierra que sobre ellas había caído las había roto en varias zonas (lám. III-1).

Hecha la limpieza cuidadosa de la parte superior de la momia, se descubrió que estaba envuelta con varias pieles de cabra, finalmente agamuzadas, cosidas en sentido longitudinal, aunque la costura de unión aparecía rota a la altura del vientre. La rotura era accidental, ya que originariamente el cosido se prolongaría hasta los pies —zona hasta la cual llegaría la envoltura—, pues la cabeza aparecía también cubierta. Un punto que queda por aclarar —y que de momento, dada la fragilidad de la piel no es posible— es averiguar si el cadáver estaba vestido y sobre las vestiduras se enrollaba la piel que lo cubría exteriormente, o esta envoltura se ceñía sobre el cadáver desnudo. Éste es un trabajo de laboratorio que no podrá acometerse hasta que no se pueda realizar con toda clase de garantías para la conservación del cuerpo

en su posición anatómica, teniendo en cuenta que éste enterramiento va a ser colocado en la misma disposición en que fue hallado, en una exacta reproducción de la cueva sepulcral.

Volvamos a la momia en la cueva. La envoltura de la cabeza era independiente de la del cuerpo, y consistía en una piel muy fina, colocada bajo el cráneo y vuelta sobre la cara para plegarse debajo del maxilar inferior en doblez que se ceñía al cuello.

La piel que cubría a la momia era de color pajizo, mientras que la que tapaba el rostro era de color ceniciento oscuro.

El aspecto general de la momia puede verse en la lám. III-2. En la lám. VII-1 pueden observarse las diversas capas de piel de la envoltura o sudario, el doblez y la unión de las pieles e incluso los cosidos para cerrar roturas u orificios naturales de la piel. Con posterioridad se descubrió el cráneo, para ver si el rostro conservaba huellas de momificación. Como es fácil advertir, es un cráneo desnudo, aunque en algunos puntos conserva pequeñas porciones de cuero cabelludo adherido al hueso. Esta misma lámina nos ilustra con gran claridad acerca de la colocación del cadáver en relación con los tablones y yacija sobre los cuales descansaba. Pero nos parece mejor presentar este interesante enterramiento por partes, a fin de que quede convenientemente detallado, ya que es la primera vez que un enterramiento de este tipo puede ser descrito y relacionado en todas sus partes con la excavación total del yacimiento. Insisto en la importancia que todo esto tiene para la etnología aborigen en general y para los ritos y prácticas funerarias guanches en particular. Aquí la arqueología no puede ser de ningún modo un fin, sino un medio para llegar a la reconstitución de las formas de vida del primitivo habitante de la Isla.

Vamos a referirnos en primer lugar al yacimiento. Retirado el cuerpo sin moverlo de la yacija, para lo cual hubo que sujetarlo con cuerdas a los tablones, quedó bajo éstos una gruesa capa de conglomerado volcánico suelto, de la misma naturaleza que el que forma la cueva y cubre la parte de barranco por aquella orilla. Entre el conglomerado de la cueva, debajo y en torno al cadáver, una tierra fina, carbonosa, con restos numerosos de fauna, probablemente de la descomposición cadavérica. Cerca del fondo, es

decir, en la parte interior y más profunda de la covacha, centenares de cabezas de lagarto, que no tenían relación alguna con el enterramiento, ya que se trata, por lo visto, del lugar elegido por las aves para consumir sus presas. Citamos este hecho, porque los cráneos de lagarto, y más frecuentemente los huesecillos que los forman, aparecen dispersos en los yacimientos sepulcrales, y su presencia podría inducir a tomarlos en consideración sin causa que lo justificara.

La potencia del estrato de la cueva, de unos 20 cms., estaba constituida toda ella por el conocido conglomerado volcánico, excepto la parte inferior, de unos 10 cms., formada por un piso de lajas basálticas, en número de seis a lo largo y de cinco a lo ancho que constituían el embaldosado artificial de la cueva. (Véase en la fig. 2 el corte de este estrato visto desde la boca y el mismo en el perfil de la cueva. En esta misma figura se da esquemáticamente la disposición del cadáver sobre los tablones, con el corte del estrato).

Por ser un yacimiento en cierto modo intacto a la hora de proceder a la excavación del mismo, se acometió el estudio del soporte del cadáver. Éste descansaba sobre una capa de vegetales, de los cuales se han podido identificar las siguientes especies: cerrillo (gramínea silvestre), tomillo (*Micromeria hyssopifolia* W. B.) y tallos secos de cardón (*Euphorbia canariensis* L.). Láms. IV-1 y IV-2.

El cerrillo estaba desordenadamente distribuido sobre los tablones; el tomillo aparecía unido en manojos, preferentemente en el hueco cervical, y la leña liviana y plana del cardón intentaba un entramado, con la intención de limitar el cuerpo por los lados y en la cabeza.

Además de la intención de evitar al cadáver el contacto directo con la tierra, gracias a los tablones, se le acondicionaba una blanda yacija de hierbas (lám. IV-2).

El cráneo descansaba sobre dos lajas, con lo que aparecía ligeramente levantado. A esta causa se debe el que no se desprendiera, dada la sequedad y fragilidad de las pieles de envoltura y el hecho de estar sueltas las vértebras cervicales y, por consiguiente, el cráneo (lám. V-1).

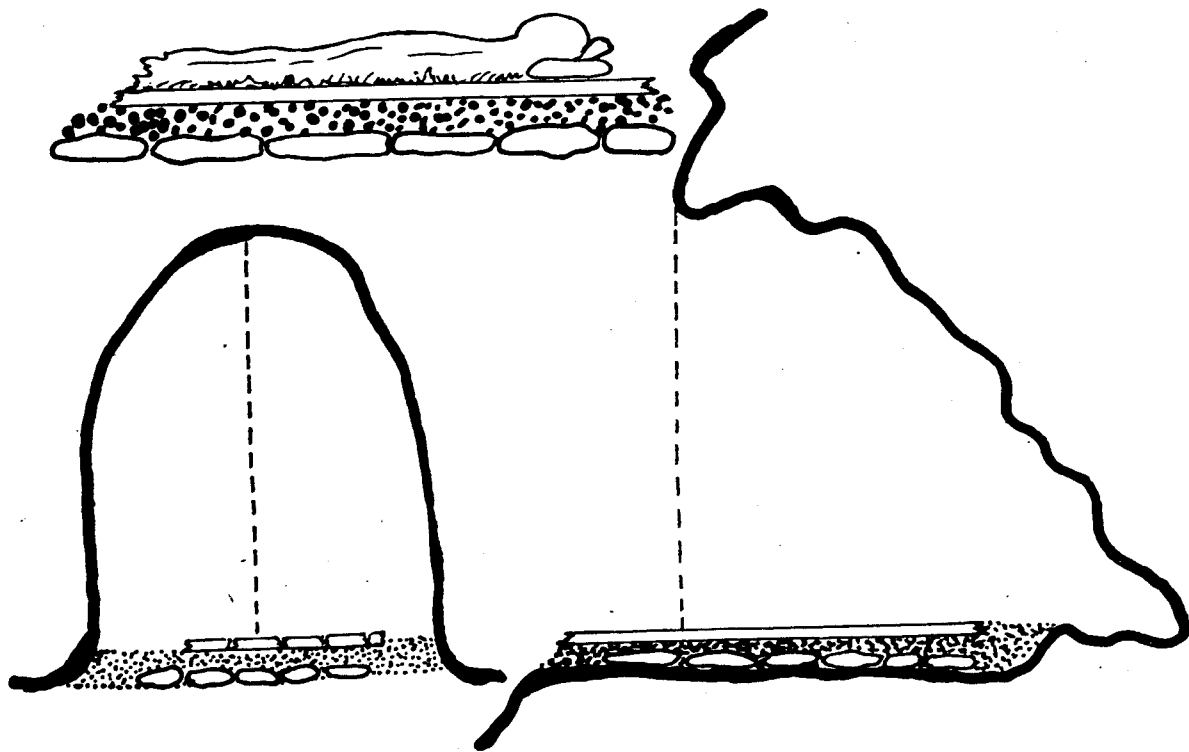


Fig. 2.— Boca y perfil de la cueva con señalamiento es estratos. En la parte superior, esquema del enterramiento

6. *Los tablonés*

La colocación de maderos de tea en los enterramientos guanches era práctica conocida. Hasta se llegó a hablar de ataúdes. También era conocida una larga pieza de tea empleada para el transporte del muerto hasta la cueva sepulcral. Parece ser que su nombre era *chajasco*. Solamente se conoce un ejemplar, procedente de Taburco (Teno), en el NW de la Isla, que se hallaba en el Museo Villa Benítez y que hoy figura en las colecciones que custodia el Cabildo Insular de Tenerife.

Pero entre el *chajasco* y los tablonés que se sabía aparecían en algunos enterramientos faltaba la descripción de cómo dichas piezas estaban colocadas la relación precisa y exacta entre ellas y el cadáver y, lo que es tan importante, el carácter de rito o práctica religiosa que ello pudiera tener.

La covacha sepulcral del Barranco del Brezo ha venido a suministrar una valiosa información sobre todos esos puntos, hasta el extremo que en lo sucesivo habrá que hacer referencia a este yacimiento cuando de enterramientos guanches con cadáveres sobre maderos se hable.

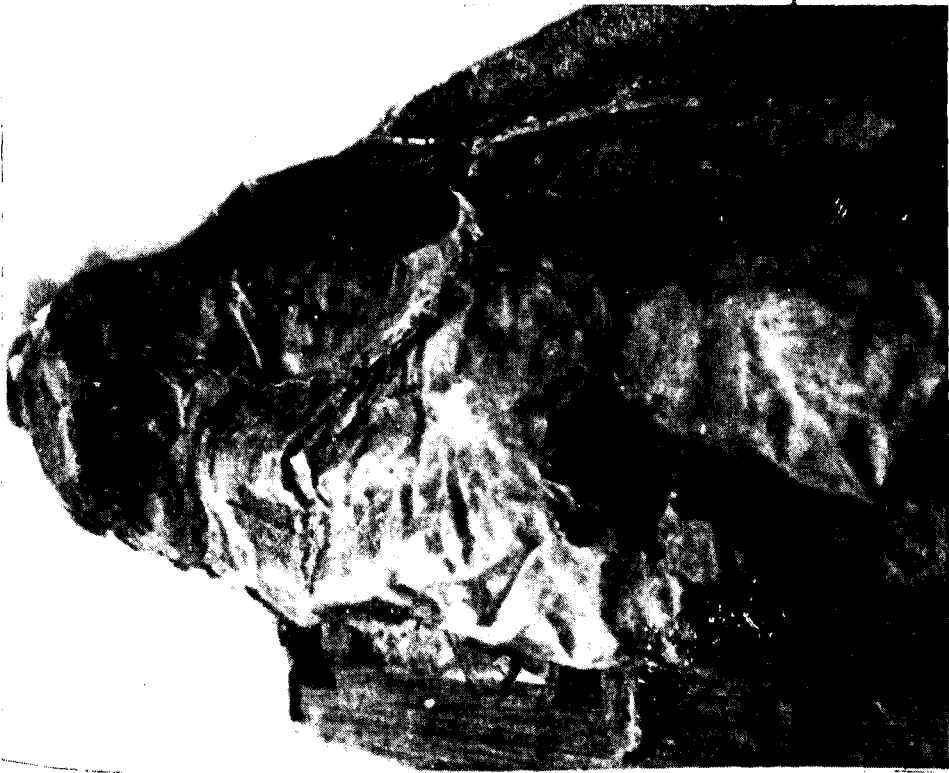
El número de tablonés sobre los que descansaba el cadáver era de cinco, aunque solamente cuatro eran los que soportaban la momia. El quinto tablón estaba colocado a lo largo y al lado derecho del cadáver, como queriendo separar el cuerpo de otros enterramientos. Esta pieza de madera, abierta en parte de su longitud, ligeramente abarquillada por conservar la curva del tronco, era la más larga: 1'80 m. de longitud por 0'16 m. de ancho.

Las dimensiones de las otras piezas son: 1'20 x 0'15, 1'10 x 0'75, 1'10 x 0'06, y 0'89 x 0'15 m. De estas cuatro piezas la más interesante es la primera, por presentar un orificio, aproximadamente rectangular, de 6 cm. de longitud por 4'5 cm. de anchura, practicado a unos 45 cm. de la cabecera del tablón y hacia el centro de éste. El otro extremo aparece roto, precisamente en el punto donde existía otro orificio semejante al descrito (lám. IV-2, tablón de la derecha).

Estos orificios están excavados con la técnica del doble bisel, trabajado a un lado y otro del tablón. La utilización de



Lám. III - 1. — La momia en la cueva



Lám. III - 2. Aspecto general de la momia



Lám. IV - 1. La parte superior de la momia



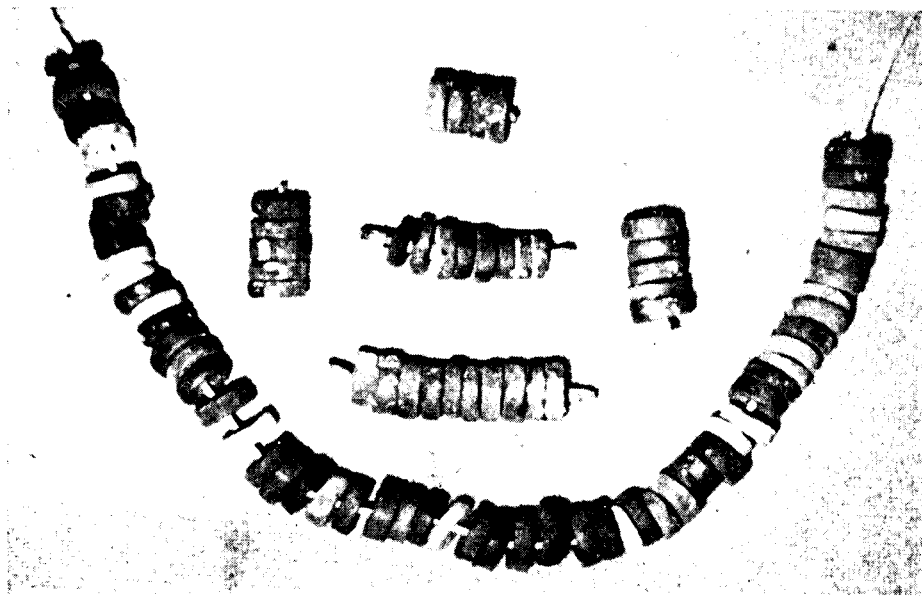
Lám. IV - 2. Disposición de los maderos y de la yacina de huesa



Lam. V - 1 - Aspecto del enterramiento desde su parte posterior, con las piedras de cabezal

Lam. V - 2 - Detalle lateral del enterramiento





Lám. VI 1. Collar de barro cocido con bloques de cuentas enhebradas (Cuenta segmentada en la parte superior)



Lám. VI 2. Punzones de hueso y taboza

instrumentos de escaso filo, o de filo poco resistente, da bastedad y rudeza a la superficie cortada, lo que se advierte no sólo en los orificios, sino sobre todo en los extremos de los tablones. Los bordes laterales de éstos dan la impresión de haber sido rajados y someramente pulidos después.

Por las dimensiones señaladas se habrá advertido que, salvo el tablón colocado al lado del cadáver, cuya longitud sería aproximada a la de éste, los demás resutan más cortos que la estatura normal de un hombre. Los tablones quedaban más cortos que el cuerpo, causa por la cual éste perdió, al quedar sin soporte, su parte inferior. De los cuatro maderos que estaban bajo el cuerpo, el mayor de ellos estaba en el centro y los otros tres colocados uno a la derecha y dos a la izquierda.

Este enterramiento aclara, por lo que se ha visto, el empleo de los tablones en las prácticas funerarias aborígenes; pero queda sin aclarar, por ahora, la finalidad de los agujeros practicados en una de las tablas de tea.

7. *Ajuar*

La filiación del ajuar funerario de las cuevas sepulcrales de Tenerife es bastante conocida. En la covacha cuya descripción nos ocupa se hallaron cuentas de collar de barro cocido, dos punzones y una tabona (lasca de obsidiana). Por el hecho de no haber sufrido remoción este yacimiento antes de ser excavado, se han podido aclarar los siguientes puntos:

- 1.º Número aproximado de las cuentas que componían un collar.
- 2.º Procedimiento y material empleado para enhebrar las cuentas.
- 3.º Colocación del ajuar en relación con el cadáver.

Respecto al primer punto podemos decir que el collar completo constaba de 89 cuentas. La coloración de éstas es muy diversa: las hay ocres, en tonos claros y oscuros, pardos de vario tono, rojo ladrillo, y negro. La distribución de las cuentas según el color marcaba la intención artística en la formación del collar.

Respecto a esto hay otro detalle que es preciso tener en cuenta: las piezas, excepto una, son discoideas, de diámetros que oscilan ente 10 y 12 mm. y un grosor que va de los 3 a los 5 mm. Hay, por lo que se ve, una notable uniformidad. La pieza distinta es cilíndrica, segmentada —de tres segmentos—, de color chocolate, y de 12 mm. de longitud y 7 mm. de diámetro. Se trata de la pieza de mayor tamaño también; marcaría con toda seguridad el centro del collar y se destacaría en el conjunto ornamental del mismo (lám. VI-1).

Como el collar fue recogido —bastante dispersas sus piezas— en torno al cuello y entre la tierra que cubría la parte correspondiente al pecho, no es difícil suponer que este ornamento le fue colocado al muerto con posterioridad a la envoltura de piel y al cosido de la misma. El hallazgo de la pieza distinta sobre el pecho autoriza a suponer que allí venía a caer el centro del collar, y que el papel de aquella cuenta era precisamente el de destacar en el conjunto.

El otro punto, que se refiere al procedimiento y material para enhebrar las cuentas, quedó aclarado al descubrir que las piezas iban unas junto a otras, sin separación, como puede verse en la lám. VI-1. Se sabe también cómo iban enhebradas, porque varios bloques de cuentas estaban todavía unidos mediante una correilla (véanse en esta lámina cuentas enhebradas y cuenta segmentada en la parte superior).

Los dos punzones constituyen dos curiosas piezas: una recién construida y la otra en estado de avanzado desgaste. La primera tiene 11 cm. de longitud y la segunda solamente 4'5 cm. (lám. VI-2). Ambas piezas estaban colocadas muy cerca del cadáver, una a cada lado y a la altura de las muñecas. A la misma altura, y en el lado derecho, aparecía la única taboña hallada. Es un dato que consideramos cargado de un gran valor etnológico, en cuanto que piezas para ser empleadas por las manos son halladas cerca de éstas, como si se las dejara prontas para el uso. Sin embargo, no se olvide que los brazos del muerto están firmemente aprisionados entre las envolturas de piel.

No se ha hallado cerámica, aunque no podemos asegurar su falta en el yacimiento, ya que dada la destrucción natural sufrida

en su estructura, la cerámica pudo estar colocada en un punto de la cueva hoy desaparecido.

8. Conclusiones

La covacha sepulcral del Barranco de Jagua, en su tramo denominado Barranco del Brezo, ha suministrado interesante información sobre determinadas formas de vida y ciertas prácticas funerarias. Unas y otras podemos resumirlas así:

1.º La utilización de una cueva en terreno suelto, de conglomerado, y no como es corriente en una de basalto u otra masa rocosa sólida, sólo se explica en este caso por estar ocupada por cuevas de habitación y rediles la margen izquierda del barranco y cruzar por ella los caminos y sendas habitualmente frecuentados. Intención de alejar del área poblada la cueva sepulcral.

2.º Acondicionamiento con lajas y conglomerado del piso de la cueva; de este modo, al quedar allanado, se podían colocar en correcta posición horizontal los maderos de soporte del cadáver.

3.º Disposición de una yacija formada por hierbas; entre ellas, especies aromáticas, como el tomillo; así quedaba el cadáver descansando sobre esta yacija sin estar en contacto con los maderos de tea.

4.º Madero perforado por un agujero cuya finalidad se desconoce aún en el momento de este hallazgo pero que debe tener cierta relación con prácticas sepulcrales.

5.º Determinación del número de cuentas que componía un collar, distribución de las mismas y material de piel para enhebrarlas.

6.º Distribución del ajuar en torno al cadáver, destacando que el collar aparecía cerca del cuello y los punzones y tabona en las proximidades de las manos.

Si arqueológicamente el yacimiento tiene indudable interés, lo tiene también etnológico, y de ahí que hayamos insistido más en este punto que en el primero, porque la arqueología en cierto modo es una reiteración, mientras que el descubrimiento etnológico nos acerca un poco más al misterio del aborigen de Tenerife.